

LA FRAGILIDAD VOCACIONAL

Una reflexión y propuesta de intervención
Roma 2004

Don Francisco Cereda sdb –Consejero general para la Formación

Estudiando las características de las actuales vocaciones a la vida religiosa, se habla a menudo de fragilidad psicológica. Sin embargo, parece más correcto hablar de fragilidad vocacional. La realidad vocacional se refiere, en efecto, a la existencia en su totalidad. No se limita a la vivencia y al desarrollo psicológico de la persona, sino también a su madurez humana, a la vida de fe, a los procesos formativos, a las relaciones sociales y eclesiales, al contexto histórico y cultural. Por otro lado, hay que reconocer que en la actualidad las dificultades para vivir los valores vocacionales surgen normalmente en el nivel psicológico. Es importante, por lo tanto, tener una mirada especial hacia este tipo de fragilidad. En las reflexiones que se harán a continuación se tendrán presentes diferentes puntos de vista. La situación de la fragilidad será analizada sobre todo desde una perspectiva psicológica, espiritual, moral y pedagógica, sin descuidar la diferencia entre los contextos culturales.

Las consideraciones se refieren sustancialmente a la primera formación, sin embargo, el perdurar de la adolescencia y de la juventud, hace que toquen también las fases siguientes. De hecho, si el tiempo de la primera formación resulta especialmente afectado por dicha fragilidad, no lo es menos el período de la asunción de las primeras responsabilidades. Hay además en nuestra Congregación, y en general en la vida religiosa, un fenómeno que es índice de fragilidad, y se trata de los *abandonos durante el tiempo de la profesión temporánea*, que han aumentado sensiblemente en este último sexenio (cf. “Relación del Vicario del Rector mayor al CG25” 103). Este fenómeno no se manifiesta por igual en todas las situaciones, al contrario, hay algunas que presentan una buena fecundidad y perseverancia vocacional. Lo mismo vale para algunas Congregaciones que operan en el mismo contexto.

Esta reflexión va dirigida sobre todo a los Inspectores y a sus consejos, a los delegados inspectoriales para la formación y respectivas comisiones y a los equipos formativos, para que se confronten, tomen conciencia de las dificultades y busquen caminos para ayudar a las nuevas vocaciones. También se dirige a los jóvenes que están en la formación inicial y cuestionan la vida de las comunidades y de las Inspectorías. Hablar de fragilidad significa hacer una lectura parcial de la realidad vocacional actual, que es muy rica en recursos. El riesgo es que se subrayen sobre todo las carencias, debilidades e incapacidades. El servicio a la vocación salesiana nos pide un cuidado especial de nuestros jóvenes hermanos, centrándonos sobre todo en sus dificultades y en la valorización de sus potencialidades. Sin una acción formadora, valiente e inteligente, también las esperanzas más prometedoras pueden desvanecerse. Se trata de ofrecer una propuesta formadora, inspirada en el sueño para estos nueve años: “*Hazte humilde, fuerte y robusto*”.

1. Raíz de la fragilidad vocacional

La fragilidad vocacional tiene su raíz en la cultura dominante de nuestro mundo actual. Vivimos en un tiempo de postmodernidad. Éste está caracterizado por la complejidad que vuelve la vida como un laberinto sin indicaciones y provoca desorientación en las opciones. Está marcado por la transición, lo cual comporta cambios rápidos que dejan atrás modelos antiguos pero no indica a la vez nuevas referencias. Estamos sumergidos en un proceso de

globalización que genera una homologación de las mentalidades e identidades confusas. En esta situación el nudo más problemático queda la enorme fractura entre la propuesta de la fe y la cultura que sigue evolucionando. Todo eso produce un pronunciado relativismo que afecta la claridad y la perseverancia vocacional.

Esa cultura *débil* conlleva unas consecuencias sobre la *mentalidad* y los *estilos de vida*: el consumismo, que se refleja en la búsqueda de experiencias siempre nuevas y que toca sobre todo la esfera emotiva del “me apetece” o del “me gusta”; el subjetivismo, que asume su propia visión como único criterio para medir la realidad; la fruición de lo inmediato, que refuerza la percepción del “todo y pronto”; el cuidado de lo efímero y de la imagen, que exalta las apariencias y el eficientismo; la valoración de la antropología del hombre secularizado, que margina el modelo del hombre religioso.

La *experiencia religiosa* se vuelve, por ende, búsqueda del estar bien consigo mismo y de sensaciones cada vez más excitantes. Por lo general la experiencia religiosa tiene poco influjo y no toca a la persona en lo profundo. Cada cual queda centrado sobre sí mismo, con la convicción que es fácil conseguirlo todo gracias al prestigio personal y a los medios económicos, y no a través del esfuerzo y la perseverancia. El relativismo ético hace que no existan valores aceptados por todos.

Eso repercute sobre las *instituciones* civiles, eclesiales y religiosas, que, no sólo son débiles y poco atractivos, sino que han decaído como punto de referencia y confianza. También las *familias*, que son cada vez más problemáticas y disgregadas, están condicionadas por este clima cultural; oscilan entre un exceso de protección ansiosa hacia los hijos y la aparatosa ausencia en la educación, engendrando así graves vacíos afectivos y falta de puntos de referencia. Las personas, y en especial los *jóvenes*, se quedan fuertemente anclados en las modas y en un estilo de vida fragmentado; esta debilidad se convierte cada vez más en inconsistencia, incoherencia, insatisfacción, inestabilidad y superficialidad.

2. Expresiones de la fragilidad vocacional

Las características de la actual fragilidad vocacional se manifiestan especialmente en unas actitudes que se van desarrollando cada vez más en la persona. Aquí presentaremos sólo las que atañen a las vocaciones jóvenes; otras podrán ser indicadas según los diferentes contextos culturales.

2.1. Incapacidad para decisiones definitivas

Se nota un bloqueo en el presente, sin perspectivas para el futuro y sin certezas. Se vive el malestar porque se experimenta el vacío, con una inevitable apatía e inseguridad. La vida de fe no motiva el empuje hacia el futuro, es secundaria, no influye sobre la conciencia moral. Son llevados a llenar el vacío con emociones fuertes, dando mayor importancia a los intereses marginales. Es significativa, para este propósito, la búsqueda ansiosa de ser reconocidos: se desea estima y afecto, luego títulos de estudio e certificaciones profesionales, y, finalmente, apreciaciones públicas y carreras ambiciosas. Se sienten atraídos por el hoy, no se sabe si también por el mañana. La vocación como compromiso total y definitivo parece irrealizable, por ende, se sienten fuera de lugar y en un estado de confusión frecuente. Se ve la vocación cada vez más como un hecho privado, que no logra rebasar los estados de ánimo inmediatos. Se le tiene miedo al futuro; no se tiene el valor de mirar al pasado; se temen las opciones coherentes y definitivas; la capacidad de hacer proyectos se debilita.

2.2. Incertidumbre acerca de la identidad vocacional

Otro núcleo de inmadurez depende de una identidad débil, de la inseguridad y de la no aceptación de sí mismo. Tampoco en la vida consagrada se logra definirse, por lo tanto, se acaba proyectándose más en las cosas que hacer, en las cosas que se poseen, que en lo que se es. Pese a muchos años pasados en la vida consagrada se pueden encontrar todavía a identidades inseguras. Las propias debilidades y problemas toman la ventaja. Entonces, se cae en manos de las emociones. Los ideales de la consagración se minimizan drásticamente: la primacía de Dios, el don de sí para los jóvenes, el seguimiento radical de Cristo, la vida fraterna en comunidad, la formación. Sobre todo el afán de coleccionar éxitos pastorales y las consecuentes desilusiones, tienen un influjo importante sobre aspectos inconscientes que generan a la larga el desinterés, la cerrazón, la ambigüedad, a menudo de tipo afectivo-compensatorio. Además de la falta de un auténtico sentido de pertenencia a Cristo, a la Iglesia y a la Congregación, quedan inmadureces personales decisivas, nunca tomadas en serio, ocultadas detrás de diferentes caparazones y, sobre, todo, nunca enfrentadas.

2.3. Búsqueda de seguridades

Hay la tendencia a buscar en la comunidad un nido seguro o relaciones gratificantes de amistad que llenen los vacíos personales y las inseguridades heredadas de la familia y de las experiencias de grupo. Se nota una necesidad de confirmación y aprobación. Hay quienes se apoyan en la institución de forma pasiva y obsequiosa, para recibir un reconocimiento de identidad que no hallan en sí mismos. A menudo hay una lucha oculta entre la autonomía y la dependencia, a la que se añade una buena dosis de rivalidad, de necesidad de estima, de culto de la imagen. Hay muchas expectativas hacia la comunidad y poca atención al don de sí mismo. Salen así a flote dificultades relacionales, empeoradas por la crisis que afecta a la vida común, es decir, la falta de interés hacia la persona y la prevalente preocupación por las obras. De eso brota una devaluación de la vida fraterna porque no logra satisfacer las propias necesidades de cariño, de éxito, de realización. Se llega inclusive a la crítica dura que abarca también a la autoridad, la Congregación, la Iglesia y las instituciones civiles.

Estas expresiones de fragilidad constituyen un cuestionamiento, un desafío. Abajo está una *pregunta formativa*. Los hermanos jóvenes viven en una cultura pluralista, neutral y relativista. Por un lado buscan autenticidad, afecto, amplitud de horizontes. Por el otro, se encuentran solos, atraídos o heridos por el bienestar, confundidos por la desorientación ética. Es preciso tomar conciencia que, junto a riquezas y potencialidades, la fragilidad es un factor constante de la vida de los jóvenes. El problema no es la fragilidad vocacional, que es algo constitutivo del joven consagrado hoy, sino sobre todo el hecho de que no se le acepta como una oportunidad para madurar y no se le sabe integrar.

3. Causas de la fragilidad vocacional

Las diversas y complejas manifestaciones de la fragilidad vocacional nos han hecho evidenciar una fenomenología de la fragilidad. Conviene ahora profundizar en el tema, haciendo una interpretación de las causas. Sin una comprensión, y por lo tanto un tratamiento radical de las causas, no se podrá superar los efectos de la fragilidad. Las cuatro causas que presentaremos a continuación no pueden ser vistas por separadas. Es importante poner en acto un acercamiento sistémico a estos hechos y la búsqueda de las soluciones.

3.1. Carencia de madurez humana

Un primer núcleo de fragilidad viene de la superficialidad, el descuido y la incapacidad para tomar seriamente las riendas de la propia historia, con sus límites y riquezas. Faltan ambientes que estén capacitados para acoger la compleja realidad de la madurez humana y ayudar a los jóvenes para que se formen una nueva conciencia. Se postergan demasiados problemas y no se les enfrenta con seriedad. Los hermanos jóvenes no tienen el valor de dejarse ayudar o se ilusionan que pueden realizar con éxito un camino de madurez sin el apoyo de un acompañamiento.

Las áreas más descuidadas son las de la identidad, de la afectividad y sexualidad. A veces los jóvenes buscan la vida religiosa porque se sienten atraídos, pero no saben qué buscan realmente. A menudo no son equipados de aquella madurez de base, de aquella educación afectiva que debería propiciarle la propia familia. No están capacitados para reconocer las motivaciones inconscientes que subyacen en su respuesta vocacional o en las opciones de la vida diaria. Carecen de puntos de referencia sólidos. A veces vienen de experiencias muy negativas que piden ser integradas en la historia de su vida.

Falta en ellos aquella misericordia que les permitiría acoger su propia debilidad, entregarla en las manos del Señor y aceptar el trabajoso camino de cambio que conlleva. Los hermanos jóvenes experimentan una fuerte sed de autenticidad, que pero no logran encontrar y realizar en sí mismos y que, por el contrario, proyectan de forma irrealista sobre la comunidad o la institución. Como consecuencia, viven fuertes desilusiones y frustraciones. Sólo una decisión clara, aunada a una conciencia transparente de la fragilidad y una sólida motivación, robustece la vocación.

3.2. Falta de motivaciones de fe

Estrictamente relacionada con esto está la debilidad en la fe, en la oración, en la vida interior, en el combate espiritual, en la motivación carismática, en la capacidad de testimonio. Es ese caso, los jóvenes consagrados resultan ser incapaces de sostener el sentido de la propia vocación. A veces es la propia familia, o la cultura, que falta de tradiciones cristianas. En otras ocasiones la opción por la vida consagrada no tiene auténticas motivaciones de fe, sino que es una posibilidad de salir de la pobreza, tener una aceptación social y llegar a una superación cultural.

Es difícil estar conscientes de las verdaderas motivaciones, sin embargo, si no se clarifican y no se averigua en qué medida la fe es el gozne central, una dificultad cualquiera es suficiente para provocar el abandono de la vida consagrada. Debemos preguntarnos con franqueza si nuestros jóvenes, a partir de la primera formación, tienen de verdad una vida profunda, lo cual implica el sentido de libertad interior, el respeto por cada persona, el cuidado de la conciencia, la coherencia entre racionalidad y emoción, la autenticidad de los comportamientos.

Debemos también preguntarnos si los hermanos jóvenes tienen una auténtica experiencia de la primacía de Dios y de la centralidad estructurante de Cristo o no ocultan, por el contrario, un vacío espiritual que sale a flote en los momentos de dificultad.

Y, finalmente, debemos preguntarnos si han tenido una experiencia de la gratuidad y si han sabido vivir sin recompensas inmediatas. Debemos cuestionarnos si son ayudados a entrar en un proceso serio de personalización y maduración de las motivaciones. Sin estas experiencias iniciales no se puede llegar a una maduración en la fe.

3.3. Debilidad de los caminos formativos

Los caminos de la formación inicial, tan ricos en contenidos, ayudan a esbozar la identidad de la persona consagrada, pero no le ayudan a alcanzar y realizar una maduración profunda.

De esa forma la identidad es olvidada o puesta continuamente en discusión, o desviada por experiencias dispersivas. Los caminos formativos son discontinuos, a veces son demasiado largos y poco incisivos. Podemos, por lo tanto, hablar de fragilidad formativa.

La debilidad formativa más grave consiste en la incapacidad de realizar una personalización que ayude al joven hermano a apropiarse de los valores del crecimiento humano, de la fe y del carisma. Es preciso reconocer que a menudo la formación que propiciamos es débil, no cambia, no convierte, no llega al corazón. A veces no hay tiempo suficiente para este trabajo porque se está más preocupado por la adquisición de conocimientos intelectuales, por títulos académicos o una cualificación profesional que por la madurez personal.

Se debe caer en la cuenta de que en alguna parte de la Congregación, habiendo dejado la praxis del aspirantado, no se han encontrado otras alternativas que procuren alcanzar los mismos objetivos. Durante la adolescencia, el aspirantado propiciaba ambientes y relaciones educadoras que ofrecían itinerarios de vida cristiana y creaban una cierta simpatía hacia los valores de la vida consagrada. En ciertas situaciones la praxis del aspirantado, aún vigente, no se ha renovado en la metodología.

En ocasiones los formadores de las diferentes etapas no recurren a las mismas metodologías y no están suficientemente preparados. Faltan intervenciones que refuercen los equipos formativos y que cambien aquellas comunidades formadoras que no garantizan una personalización de la formación. A causa de todo eso, la fragilidad personal acaba por no ser verdaderamente enfrentada.

3.4. Malestar de las comunidades

Otro núcleo de fragilidad se encuentra en la vida real de las comunidades que constituyen el camino formativo implícito y oculto. El escaso dinamismo espiritual y vocacional crea una cultura inspectorial poco estimuladora y en ocasiones en contraste con el clima de las comunidades formadoras. La carencia de formación permanente produce motivaciones vocacionales pobres. La mentalidad, los estilos de vida, los modelos de comportamiento débiles de la Inspectoría, generan para todos, y no sólo para los jóvenes hermanos, una “vida religiosa débil”, a la que se debe reaccionar yendo contra corriente. Un modelo de vida religiosa “liberal” está de hecho en el origen de numerosas fragilidades.

La falta en la comunidad de relaciones interpersonales vitales y estimuladoras produce individualismo y desafección. Las pertenencias formales a comunidades demasiado orientadas hacia la urgencia de las actividades, sus ritmos de vida agotadores, el esfuerzo por hacer frente a los innumerables compromisos pese a la carencia de fuerzas, inciden negativamente sobre la formación y el persistir de las fragilidades. Esto les acontece tanto a los jóvenes como a los menos jóvenes. Sintiendo más empleados de una empresa que consagrados para una misión, se vive diariamente en un estado confusional que produce desorientaciones cada vez más graves.

Sobresalen en especial dos síntomas: el sentido de soledad en la comunidad y la incapacidad para comunicar profundamente. Se tiene miedo de compartir las propias vivencias, se entablan relaciones funcionales y formales, especialmente por el temor de presentar una imagen de sí indigna de la estima ajena. Así las relaciones cercanas, motivadas a menudo por la necesidad de comprensión y apoyo afectivo, son buscadas más fuera de la comunidad. Y, dado que en la comunidad se es valorado más por lo que se hace que por lo que se es, por un lado se asume la misión de manera parcial, por el otro se tiende a llevar adelante la propia tarea de forma posesiva e individualista.

4. Prioridades de intervención

Conscientes del don precioso de cada vocación, la Congregación se compromete a cuidar a todo joven que Dios le manda, ayudándolo a superar sus inevitables fragilidades y a robustecer su fidelidad. Por esa razón se sugieren algunas prioridades de intervención.

4.1. Cuidado de las vocaciones a la vida religiosa salesiana

Se trata, ante todo, de cuidar los ambientes formativos donde trabajamos, de manera que sean sanos y propositivos. De este buen terreno pueden brotar vocaciones sólidas. La familia natural puede ser un sostén para la maduración humana y la educación cristiana de los hijos. La comunidad parroquial puede ayudar a vivir experiencias significativas de fe. Les toca a las escuelas ofrecer caminos culturales serios y estimuladores. También el tiempo libre ofrece momentos para crecer en el don de sí. Por esta razón se auspicia que la mayor parte de las vocaciones salesianas salgan de nuestros ambientes, precisamente por las bases culturales y de fe que propician, por el espíritu salesiano absorbido, por el sentido de pertenencia que ahí se vive.

Hoy el cuidado específico de las vocaciones salesianas nos pide plantear de nuevo y con modalidades renovadas el problema del aspirantado (tipo de comunidad, formas de acompañamiento vocacional). Estamos conscientes que los grupos vocacionales no son ya suficientes para tal fin. Se trata de tener ambientes abiertos a los jóvenes durante los años de la secundaria y siguientes, caracterizados por un clima de discernimiento acerca de la vocación salesiana. En ellos se puede proponer una experiencia humana muy rica, una seria preparación cultural y lingüística, una vida cristiana fuerte, un compartir alegre de la misión salesiana. Se puede, en especial, cuidar la educación en el amor, la formación de la conciencia, el acompañamiento personal.

Esta experiencia se puede adaptar a la situación escolar de cada país. No se deben atender o acompañar sólo a los candidatos que hayan terminado los estudios escolares. Esto vale aún más para aquellos que han terminado sus estudios fuera de nuestros ambientes. Ninguno debería iniciar el pre-noviciado sin haber transcurrido un adecuado período como candidato. Aquí hay el espacio para la flexibilidad y la diversidad de experiencias, a condición que se asegure la formación de los formadores.

4.2. Pre-noviciado

Si el aspirantado o una experiencia en una comunidad sirve como preparación, el pre-noviciado es el momento fundamental para la evaluación y la profundización de la vocación, especialmente en lo que atañe a la madurez humana. En este período el pre-novicio adquiere un suficiente conocimiento y aceptación de sí; cae en la cuenta de su tejido vital; integra su vivencia diaria con las experiencias del pasado, aun las menos fáciles; robustece su vida afectiva y sexual; se da cuenta de la incidencia educadora de la familia; evalúa su situación de salud física y psicológica. De esa forma toma las riendas de la propia historia personal: descubre sus puntos de fuerza y sus debilidades; asume una visión positiva de sí mismo; construye un fuerte sentido de la propia identidad personal.

El pre-noviciado es también el tiempo de un arraigo consistente en la fe y en la vida cristiana, lo cual implica una catequesis sólida con una iniciación a la vida sacramental, a la devoción mariana, a la vida de oración, adquiriendo una buena capacidad de relaciones humanas y de comunicación interpersonal. El trabajo del pre-noviciado exige formadores preparados; un programa estructurado y que no sea dejado a la improvisación. En la actualidad un encargado de los pre-novicios necesita la misma preparación y experiencia que un maestro de novicios.

Tenemos para esta etapa formativa una buena propuesta, aunque su realización queda todavía un tanto vaga y poco definida. En unos casos, la estructuración del pre-noviciado se parece a un aprendizaje realizado sin la debida preparación; en otros, se da un peso excesivo al estudio académico, con escasas posibilidades de un trabajo serio sobre sí mismo; en otros aún, no hay programas adecuados o hay una dispersión de los pre-novicios en diferentes comunidades.

Sin querer minimizar el impacto de las etapas sucesivas sobre el desarrollo de la vocación, hay una toma de conciencia progresiva acerca del papel crucial jugado por las etapas preliminares: un serio camino vocacional y el pre-noviciado. Estas dos etapas constituyen la base de la formación. Muchos abandonos de la vida religiosa y del presbiterado se remiten, en efecto, a una fe débil, a una pobre madurez humana, a una falta de discernimiento verdadero, a problemas de la afectividad, de la relación y del ejercicio de la libertad que no se resolvieron en las primeras etapas.

4.3. Metodología formadora

No sólo en las etapas preliminares, sino sobre todo en las siguientes, la estrategia principal para superar la fragilidad vocacional es la *personalización*. Se trata de obrar una verdadera gira metodológica, que la *Ratio* ha propuesto de manera excelente. Los elementos esenciales son: el cuidado de las motivaciones, emociones, afectos, sentimientos; el proceso de identificación con la vocación salesiana; la asunción de responsabilidad en la propia formación y el proyecto de vida personal; el acompañamiento personal, la práctica del discernimiento, la enculturación formativa. De esa manera la formación logra alcanzar a la persona en lo profundo. Claro, no hay que olvidar que estamos en un campo que toca la libertad humana y la gracia del Espíritu.

Un instrumento privilegiado es el *acompañamiento personal*, bien equilibrado entre la espiritualidad y las ciencias humanas, hecho de comprensión y fuertes exigencias. No debe limitarse a la primera formación. El acompañamiento ha de ayudar a recortar las distancias entre el ideal y lo real, llevando a aceptar el pequeño paso cotidiano sin hacer descuentos al ideal. No debe crear discrepancias, sino capacidad de opciones autónomas y responsables; tiene que acostumar a la autodisciplina, a la ascesis, al espíritu de sacrificio, a la renuncia. La aceptación de un guía espiritual es un elemento decisivo en el discernimiento y crecimiento vocacional. De hecho, la libertad y la capacidad para entregarse a la confrontación con un guía, son muy importantes con respecto a la autenticidad de la vocación; por el contrario, la cerrazón y el miedo a exponerse son frecuentemente índices de escasa autenticidad.

El acompañamiento necesita *continuidad* entre una fase y otra, lo cual implica también la comunicación de oportunas informaciones al responsable de la nueva etapa. Necesita también de una oportuna corrección fraterna, hecha antes de que sea demasiado tarde. Son importantes también los tiempos periódicos de evaluación personal, de los "informes", donde se involucra al hermano y se le ayuda a evaluar su situación formativa personal, se le orienta y estimula concretamente en el proceso de maduración, sugiriéndole pasos concretos a realizar.

4.4. Personalización de la experiencia formativa

La experiencia formativa es una realidad unitaria que atañe a la vida en el Espíritu, la entrega apostólica, el ejercicio intelectual y la madurez humana. Es importante vivir esta experiencia como camino de personalización.

La *vida en el Espíritu*, asumida personalmente con una eficaz madurez en la fe, una pertenencia viva a Cristo, una configuración real a su forma de vida, funda la experiencia formativa. Se trata de pasar progresivamente del ser siervos abocados totalmente a la acción, al ser amigos que están con Jesús, en escucha de su palabra, en la Eucaristía, hasta ser

enamorados que asumen la cruz en la fidelidad cotidiana. Cristo se convierte en el baricentro concreto de las experiencias de vida y el punto de referencia. Es necesario favorecer el camino de interiorización a través de la capacidad de encontrar tiempos de silencio, la experiencia de la oración personal, el ejercicio de la lectio divina, la adoración eucarística, la contemplación de la cruz. Es preciso preparar una cultura de la interioridad, haciendo más amplia, más profunda y más viva la interioridad de cada cual, de manera que la acción de Dios tenga mayor espacio en su corazón. Hay que invertir en la vida de fe, tanto en el nivel intelectual como emocional, especialmente en el pre-noviado, noviado y post-noviado. En la misma línea, es necesaria una formación a la oración en todas o casi todas las etapas formativas.

La alegría por el Señor Jesús se traduce en amor sacrificado al servicio de los jóvenes, especialmente de los más pobres. Es importante que el joven salesiano encuentre personalmente un empuje de *dedicación apostólica*. Cuando el sentido apostólico es débil y la misión entre los jóvenes no atrae, entonces surgen problemas de identidad vocacional. Cuando la relación con los jóvenes es sólo de tipo organizador, cuando falta el gozo de encontrarlos y estar con ellos, cuando no se comprende el sentido apostólico de lo que se hace, es obvio que se está abriendo un vacío en el corazón. Los candidatos y los jóvenes salesianos deben tener la posibilidad de crecer en el amor hacia los jóvenes, Don Bosco, la Iglesia y su misión evangelizadora. Para ello no son necesarias muchas actividades pastorales; hace falta más bien el acompañamiento pastoral. Si no se forma el corazón y la mente del evangelizador, mediante la reflexión sobre el compromiso apostólico, el compartir y la oración, se corre el riesgo de caer en el activismo y en la exageración.

Un aporte muy importante para consolidar la vocación nos viene del *ejercicio intelectual*: “Sólo un acercamiento inteligente a la realidad y una visión abierta de la cultura, anclada en la Palabra de Dios, el sentir con la Iglesia y según las orientaciones de la Congregación, conducen al salesiano hacia una opción y una experiencia vocacional motivada sólidamente y le ayudan a vivir con conciencia y madurez, sin reduccionismos ni complejos, su identidad y su sentido humano y religioso. De otra forma habría el peligro de extraviarse ante las corrientes de pensamiento o de refugiarse en modelos de comportamiento y formas de expresión obsoletas o incoherentes con la propia vocación” (FSDB 124). Esto significa que, junto a la seriedad en los estudios, se necesita algo más. A menudo los estudios no adquieren un valor formativo, se inclinan más hacia el aspecto “académico” que a la vivencia. De esa manera no se ayuda a formar un saber unificado y una fe que reflexiona. Seguimos usando un modelo neutral: la formación intelectual no dialoga con la interioridad de la persona, no interactúa con el proyecto de vida religiosa salesiana y con el proyecto personal de vida, no se convierte en comprensión afectiva de la realidad. Para ello se necesitan no solo profesores, sino verdaderos maestros. El estudio ha de integrarse en la globalidad del camino formativo.

La *madurez humana*, finalmente, es un proceso que se da cuando la persona se confronta con su interioridad profunda. Ahí reflexiona sobre las experiencias de su pasado, entreve la acción de Dios en su vida y a la luz de Dios y de sus experiencias traza el camino para el futuro. Empieza así a hacerse más responsable de su vida, pero se requiere que esté dispuesta a trabajar sobre sí misma. Aprende a manejar su mundo interior, confrontando las motivaciones de su actuar, dominando sus miedos y controlando sus emociones. Desarrolla un sentido crítico para llegar a juicios objetivos sobre las personas y los acontecimientos. Se vuelve capaz de resistir ante las presiones familiares y sociales, de tomar decisiones motivadas. Procura formarse al uso responsable de la propia libertad, reconociendo que el amor comporta siempre entrega y sacrificio. Ve en la aceptación del otro, en la escucha, en el diálogo, en la colaboración, en la solidaridad con quienes sufren, el camino para crecer. Finalmente, la madurez humana hace que la persona se fragüe, con la ayuda de la gracia de Dios y de las mediaciones humanas, según el designio de Dios.

4.5. Consistencia de los equipos formativos

Es obvio que tal formación personalizada requiere de la presencia de equipos cualificados de formadores, que, en diálogo e interacción con el hermano joven, sepan confrontarse con sus ideas y convicciones, y logren ayudarlo a penetrar en sus motivaciones y sentimientos. Lamentablemente el cuidado de las ciencias humanas es todavía muy desatendido y no se valora su importancia. Dondequiera se lamenta la dificultad para encontrar a directores espirituales, formadores y profesores preparados y disponibles. Se hace urgente encontrar tiempos y modalidades para la formación de los formadores.

Se impone la necesidad de sinergias en la formación, también para explotar de forma optimal la experiencia de los hermanos y para prepararlos. La *Ratio* insiste con razón sobre la necesidad de asegurar la consistencia cualitativa y cuantitativa de las comunidades de formación inicial y, ante todo, sobre la presencia de equipos preparados, suficientes y estables, como una condición para una experiencia formativa adecuada. Y añade: "Para evitar situaciones de inconsistencia será necesario en algunas situaciones llevar a cabo opciones valientes y decididas" (FSDB 230).

La multiplicación de las comunidades formativas y su fragilidad no contribuyen sin duda a una buena formación. Este es un ámbito en el que hay que proceder con visión y decisión, tanto en las zonas de muchas vocaciones, donde el incremento puede llevar a descuidar la cualidad; como en los ámbitos nuevos y de lento desarrollo, donde se debe cuidar en primer lugar la cualidad de las vocaciones; como en las zonas históricamente consistentes y ahora frágiles vocacionalmente, donde se impone una reducción y la colaboración en el ámbito formativo.

4.6. Vida significativa de las comunidades

Para los jóvenes salesianos la comunidad es un factor importante en lo que atañe a la decisión de seguir la vida salesiana, como también de dejarla. El testimonio gozoso de fraternidad y el espíritu de familia, el celo pastoral y el trabajo en favor de los más pobres, la vida espiritual de la comunidad, constituyen una fuerte atracción a la vida consagrada salesiana y un empuje para crecer en este aspecto. En comunidades significativas los candidatos serán estimulados para crecer; los hermanos jóvenes serán ayudados a asumir las primeras responsabilidades; todos encontrarán empuje y alegría vocacional. Esto se refiere tanto a la comunidad local como a la inspectorial; la vida ordinaria de la comunidad determina fuertemente los caminos de formación inicial y la fidelidad vocacional. El CG25 indica la vía para crecer como comunidades carismáticas y proféticas.

Es importante, por lo tanto, asegurar la presencia de comunidades vivibles, tanto en los ritmos diarios, en los ambientes, como en las relaciones. Si es preciso superar la fragmentación personal con el fortalecimiento de la madurez e identidad de la persona, también lo es el detener la fragmentación comunitaria, volviendo a dar espacio y significado a la vida fraterna, a la oración y al compromiso de la comunidad. Esto es posible si el superior de la comunidad privilegia el dedicarse diariamente al encuentro con los hermanos, si crea un clima de fe y amor por la vocación, si anima la vida comunitaria con la propuesta de caminos concretos de formación, si conjuga los valores del Evangelio y del carisma con los desafíos contemporáneos, si sabe crear apertura e intercambio entre la comunidad y las realidades eclesiales y civiles del lugar.

Eso es posible si el grupo de los hermanos considera importante construir la comunidad, dando espacio y tiempo a la acogida mutua, al conocimiento, a la escucha y comunicación de cuanto se vive, a amar apasionadamente a la gente y a los jóvenes. Esto será más fácil si cada año la comunidad elabora su proyecto de vida y misión. Los superiores y los formadores se hagan cada vez más especialistas en el acompañamiento. Pero, antes que esto, construyan

relaciones amistosas con cada hermano, encontrándolo informalmente, mostrando interés por su persona, sus estudios, su trabajo, su familia.

El número de los abandonos es un dato preocupante. No basta con quedarse en las estadísticas, es importante comprender los desafíos que estos datos plantean a la praxis vocacional y formativa. El estado actual de las dispensas de la profesión perpetua, y más aún de la profesión temporal (que son mucho más numerosas), no ofrece elementos suficientes para un estudio cualitativo a escala mundial. De acuerdo con la *Ratio* si pide que cada Inspectoría haga una valoración atenta de las salidas y una evaluación periódica de la perseverancia.